

suras fué por cierto la que llevaron á cabo con aquel individuo del ojo eclipsado, y al efecto embriagáronle cierta noche, condujéronle á una barbería é hicieronle afeitar y abrir cerquillo por el barbero, y después pusiéronle el sayal y capilla de franciscano, con todo lo cual quedó convertido en uno de los hijos del Seráfico Padre.

Entretanto, la fuerza de la mona habíale cedido un poco al desventurado hombre, y así, pudiéronle conducir entre dos de aquellos jóvenes calaveras, sosteniéndole por los brazos para ayudarle á caminar, aunque con vacilantes pasos, en dirección del Convento de San Francisco.

A los fuertes aldabazos que en la portería del monasterio daban los troneras, preguntaba por la parte de adentro el hermano portero:

—¿Quiénes llaman á estas horas (eran las doce de la noche), turbando el sosiego de esta Santa Casa?

Unos que traen á un religioso enfermo.

—No sé quién pueda ser ese religioso, replicó el hermano portero, pues ya todos los del Convento se hallan recogidos en sus celdas.

—Abra pronto, hermano, dijeron los de afuera, porque el caso es apurado en virtud del mal estado en que se encuentra este pobre religioso, á quien la falta de pronta asistencia puede causar la muerte, y tal desgracia recaería sobre vuestra conciencia, Padre.

—Yo no abro, contestó éste, si no me lo ordena el Padre Guardián á quien voy á dar parte inmediatamente.

A poco volvió el hermano portero en compañía del Superior, quien precavidamente dirigió sus miradas hacia afuera por el ventanico de la puerta y cerciorado de que entre aquellos individuos había efectivamente un religioso, mandó abrir aquélla, permitiendo la entrada en el Convento á la turba de calaveras que conducían al beodo de Pepe el tuerto, que apenas podía mantenerse en pie.

Lleváronle á una celda, pusiéronle sobre un catre y le abandonaron á los cuidados del custodio del Convento.

Muy pronto hubo éste de descubrir que ninguna enfermedad aquejaba al religioso, sino una magna borrachera, por lo cual creyó prudente aplazar la reprimenda para cuando aquélla se hubiese disipado; así es que cerró la

puerta de la celda y se retiró á su habitación, dejando entretanto á Pepe el tuerto dormir la mona.

Ya puedes imaginarte, querido amigo, el sobresalto de aquel desgraciado al despertar, viéndose encerrado en la mística estancia y vestido de franciscano; al tocar con sus manos el sayal, la tonsura circular, y, sobre todo, al ver delante de sí al Padre Guardián que con un tono severo le reprendía, lanzándole textos latinos, los que sólo servían para aumentar más su confusión. Observando el P. Guardián que el idioma de Horacio no hacía mella en el calétre de aquel desventurado, continuó diciéndole en el de Cervantes:

—Ya sabéis, hermano, que por nuestras constituciones os está vedado el vino, y debéis tener presentes “las penas á que están sujetos los que se hallaren defectuosos en beberlo, dentro ó fuera de la casa, sin grave necesidad; si fueren sacerdotes, no sean hechos prelados; si fueren coristas, no sean ordenados de orden sacro; si legos, traigan tres meses caparón.”

—¿Pero quién soy yo, interrumpió Pepe el tuerto, para que así me hable su Paternidad?

—Eso es lo que yo os pregunto ¿quién sois? ¿A qué convento pertenecéis?

—Yo no pertenezco á Convento alguno, sino á la cantina del Cazador.

—Parece que os burláis ó que aun no estáis en vuestro juicio.

—Es verdad, Padre, no estoy en mi juicio ni sé lo que me pasa, mas suplico á Su Reverencia se sirva mandar preguntar al Cafe del Cazador por Pepe el tuerto; si contestan que no está allí, ese Pepe soy yo, y si dicen que se encuentra en el establecimiento desempeñando su oficio, en ese caso, padre, no sé quién soy.

El Padre Guardián no pudo menos, en esos momentos, que reirse; comprendiendo, al fin, la burla que se les había jugado, quitóle al pobre hombre el hábito é hizo llamar á un barbero para que acabase de trasquilar aquella cabeza, y así, mondo y lirondo, pudo volver á su cantina el bueno de Pepe el tuerto, renegando de su amistad con aquellos troneras.

Es de presumir que el autor de esta travesura tuvo por inspiración, para llevarla á cabo, el precioso cuento de Tirso de Molina: “Los tres maridos burlados.”



NOCHE DE LUNA OFICIAL.

Aspecto tenebroso de la ciudad.—El coche Simón.—Baile en la Lonja.—Alarma por un asalto infundado de ladrones.—Los Serenos.

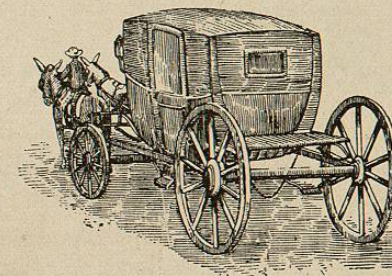
A mi distinguido amigo D. Rafael Angel de la Peña.

POR tercera vez me veo en tu amable compañía, carísimo amigo, y dispuesto como siempre á servirte de guía en tus paseos por la Ciudad, sintiendo solamente que esta noche sea una de aquellas llamadas irónicamente de luna, siéndolo tan sólo para los gatos de azotea y las lechuzas de los campanarios.

En virtud de la santa economía, cuando la luna, la castísima luna, apenas se presenta en las regiones celestes con el aspecto de una tajada de melón, nuestro ilustre Ayuntamiento ordena y manda que los aparatos de Bagalliesen de funcionar y que las candilejas de los barrios reserven su aceite, para noches más venturosas y de menos peligro para la inocencia.

Mas quieras ó no quieras, hemos de salir esta noche, jueves 14 de Julio del año del Señor de 1853, á fin de asistir al espléndido baile de la Lonja. Vestidos de rigurosa etiqueta y con el sobretodo al brazo, á causa de la temperatura estival de que gozamos, salimos á la calle. La luna, que apenas ha llegado al cuarto creciente, sólo ilumina con su tenue luz los cuerpos superiores de los edificios en determinadas aceras, dejando sumergidos en las tinieblas los ámbitos de las calles. Vémonos obligados, para evitar testaradas, á las que estamos expuestos, deslumbrados por aquella faja blanquecina de moribunda luz, á caminar despacio y casi á la ventura, tanto que creo prudente esperar el paso de algún coche de sitio que

la suerte nos depare para llegar á la Lonja sanos y salvos, ó por lo menos sin desperfectos en los vestidos, y al mismo tiempo para evitar el desagradable encuentro de ciertos carros que son y serán, tal vez, por todo el presente siglo, el desdoro de la Municipalidad. Allá viene con



sus faroles encendidos un simón de sopandas, con el cochero montado en la mula de mano, conjunto típico de la época virreinal. A falta de una carretela con pescante como las hay generalmente, y en virtud de venir sin carga ese simón, montamos en él y ordenamos al cochero que nos conduzca á la esquina del Palacio Municipal. Tanto el cochero como el simón, son objetos de nuestra atenta curiosidad. Es aquél un hombre de mediana estatura y de compleción robusta y como todos los de su clase, muy afable al ofrecer su carruaje y demasiado disputante al cobrar la paga. Su traje consiste en camisa sin corbata, chaqueta de lienzo blanco, pantalón de casimir sujeto á la cintura por un ceñidor de estambres de colores,

y un ancho cuero, sujeto abajo de la rodilla derecha y suelto sobre el pie, al contrario de la bota fuerte, le cubre la pantorrilla. A favor del tosco estribo de fierro, adherido fuertemente á un barrote horizontal del armazón del carruaje subimos con pena y entramos en la caja suspendida por anchas y gruesas correas ó sopandas, tirantes de los jabalcones. El movimiento de la caja, dentro de la cual ya nos hallamos, sentados en cojines tan duros como la piedra, no puede ser peor. Esa oscilación constante de adelante para atrás y de atrás para adelante, y la trepidación que se experimenta cuando las ruedas tienen que salvar algún



COCHERO DE SITIO.

hoyancón de los muchos que se forman en nuestros pavimentos tan mal empedrados, causan verdaderos mareos; mas al fin llegamos á la esquina de la Monterilla y cortamos la consabida disputa del cochero, que nos

quiere convencer de que la hora de las 10 es la media noche, dándole un duro. El llamado palacio municipal sólo tiene para justificar su nombre la bella arquería del portal en que nos hallamos, el cual como puedes ver, querido amigo, forma una extensa galería cerrada, hacia el Oriente, por la tienda de ropa denominada "El Sol" y, hacia el Poniente, por la Sedería de los hermanos Alvarez. Cinco accesorias, pertenecientes á otras tantas Notarías y dos zaguanes, preceden á las amplias puertas de la Lonja.

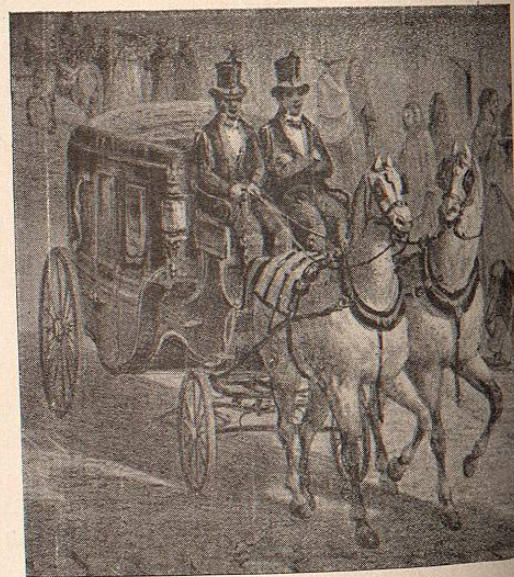
El primero de dichos zaguanes comunica el portal con un patio destartado y el segundo, por medio de una escalera inmediata á él, conduce á tres departamentos del piso superior, tales son: la Sala de Cabildos y oficinas de su dependencia, el despacho y oficinas del Gobierno del Dirtrito y la Cárcel municipal, siendo de notar que la parte más importante del edificio, sin destino alguno de provecho, es

una galería que corresponde en situación y dimensiones á la de este portal en que nos ha-



PALACIO MUNICIPAL.

llamos, sirviendo aquella solamente de tránsito y, periódicamente, para administración de la vacuna.



CARRUAJE ELEGANTE.

En el momento en que nos acercamos á la primera puerta de la Lonja, se detiene ante el edificio un soberbio carruaje y de él se apean tres elegantísimas damas, pasan por delante de nosotros y, arrastrados como por un imán, las seguimos y penetramos en el gran salón de baile.

* * *

La Lonja es el establecimiento en donde se reúnen diariamente los comerciantes para celebrar sus transacciones mercantiles. El número de sus socios propietarios asciende á 46, además de todos los que son admitidos como subscriptores conforme al reglamento, quienes tienen la obligación de contribuir con cinco pesos mensuales para todos los gastos necesarios, inclusive los correspondientes á los dos ó tres bailes que se dan en el año. La Lonja está abierta desde las siete de la mañana hasta las once de la noche, y sólo tienen derecho de entrar en ella los subscriptores, pudiendo, sin embargo, visitarla otras personas, y particularmente los forasteros, mediante un permiso especial. Los juegos de azar están terminantemente prohibidos.

Instalados ya en el salón, observa, querido amigo, cuán extenso y espléndido es. Hállase dividido en cinco galerías separadas por doce columnas estucadas. Hermosas arañas de bronce penden de los techos, las que reflejan sus mil luces en grandes espejos rodeados de plantas, festones y bellos ramilletes de olorosas flores. La presencia del General Santa-Anna, quien da en este momento el brazo á la Marquesa de la Rivera, esposa del Ministro español, aumenta el brillo de la reunión por su lujo y por el de los oficiales de su lucido Estado Mayor.



BAILE DE LA LONJA.

Embelesado debes estar ante la presencia de tantas damas que rivalizan por sus elegantes vestidos, ora de hermoso tul bordado á la duquesa ó de brocatel *glasé* orlado de ricas blondas, ora de gasas de Chambery, sembrados de puntillos de plata, ó de *organdí* de se-

da, con ahuevados y ramitos de flores. Muchos de los vestidos son de tres ó cuatro olanes festoneados ó de fleco, con airosos moños de ancho listón en los hombros, y talles á la Luis XV. Las señoras lucen espléndidos brillantes en los brazaletes, pendientes y diademas, brillantes que lucen más sobre las cintas de terciopelo negro interpoladas en las trenzas, recogidas graciosamente sobre la cabeza, en tanto que las jóvenes lucen en sus vestidos vaporosos, de blanco y oro ó de azul y plata, flores y listones, y adornan sus tocados con ramitos de violetas ó plumas salpicadas de polvillos de plata, lo que contribuye á presentarlas como pintadas mariposas.

Todas las damas, aunque por distintos caracteres, son hermosas y por tanto, bien podemos agruparlas, sirviéndonos de guía aquello en que más se distinguen.

¿Quieres formar una hermosa constelación tomando por tipo esencial los bellos ojos, capaces de causar envidia á las estrellas? Pues para el caso elige á Dolores Osio, Carmen Ituarte de Cumplido, las Echeverrías, Teresa Garay, Carmen Cervantes, Luisa Quijano, Concha Valle y Angela Pedemonte.

¿Quieres formar después preciosos nidos de palomas? Cuenta para ello con Margarita Gargollo, Pepa, María y Teresa Schneider, las Trigueros, Adelaida y María Castillo, Carmen Goribar, las Buchs, Angela, Jesús y Amalia Monterde, Chole Guzmán, Lola Peña, Luz Zoza, Joaquina Barrera y su hermana, las Belaunzaranes y Sáyagos.

¿Para un grupo de hermosas palmeras, por su donaire y gracia? Ahí están: Elena Basadre, Ignacia Arellano, Aurora Bustamante, Carolina Prado, Mariana Tornel, las Elgueros, Dolores Elizaga, Cuevas y Moranes.

Deseas arreglar un ramo de rosas? Pues escoje en este jardín á las Benítez, Carmen Rubio, la Grumbach y la Ayestarán, las Gil, Ibáñez, Geaves, Hoppes, Cosío, Gómez Lamadrid, Terán, Pimenteles, Paradas, Obregones, Pepa Leño y Damiana Vega.

¿Pretendes, en fin, traer á tu imaginación las grandezas del Olimpo? Pues mira y lo conseguirás, á Catalina Barrón, Estefanía Labat, Lola y Manuela Barrio, la Marquesa de la Rivera, Pepa Osio, Escandón, Rubio de Cancino, María Barrio y Rosario Bosero, y otras que

podíamos segregarse de los otros grupos, por corresponderles de preferencia éste.

* * *

—Observo, querido amigo, que tus miradas siguen de continuo á esa joven que, por su donaire y gracia, parece una linda mariposa que revolotea en este bello jardín de flores animadas. Su presencia trae á mi memoria una historieta muy en voga, en la actualidad, historieta en que el protagonista es un pobre hombre que por insinuación del general aquel que te dí á conocer noches pasadas en el Café del Cazador, pretendió hacer pacto con el diablo.

—¿Con qué fin?

—Con el de lograr la adquisición de esa joven encantadora.

—¿Tan sandio así ha sido el pretendiente, que por tal medio ha creído lograr su deseo?

—Tan sandio así, que de todo hay en la Villa del Señor y, además, dicho general hizo creer en los prodigios de la magia negra que cual á otro Fausto lo convertirá en un galán hermoso, apuesto y rico y, por tanto, irresistible.

—Curioso estoy por saber las peripecias del lance.

—Voy á satisfacer tu curiosidad, aprovechando los momentos en que los bailarinos nos dejan libre el campo. Convencido de la eficacia del propuesto medio, el poco avisado y haraposo galán cayó en la red y aceptó, desde luego, la cita que para la noche del día siguiente le diera el tantas veces citado militar. El lugar de la cita fué un cuartucho del barrio de la Palma, cuartucho que previamente aderezado, de una manera lúgubre, y oliendo á brea y azufre quemado, ofrecía todas las condiciones de una morada de Satán. En esa tétrica estancia, reunidos el sutil engañador y el crédulo enamorado, éste al dictado de aquel escribió en un papel la condición del pacto, que no era otra que las de entregarse en cuerpo y alma á Luzbel, á cambio del gran servicio que se le exigía.

—Dejemos este papel sobre la mesa, díjole el militar, por que el diablo no se deja ver sino á fin de cuentas, y mañana á la misma hora volveremos por la respuesta.

Figúrate, caro amigo, cuál sería el asombro y el disgusto que recibiera el inocentón aquel,

la segunda noche de la cita, al ver sobre la mesa otro papel que por timbre tenía la imagen del murciélago alevoso, y en ese papel se hallaba escrito lo que sigue:



Hijo mío:

No puedo aceptar el pacto que me has propuesto, por dos razones: primera, porque ya no tengo confianza en la formalidad de los hombres que, á lo mejor, se hacen atrás y quedo burlado; segunda, porque esa hermosa dama que me pides ¡ay!... para mí la quisiera. Pídemle otra cosa y te la concederé.

Tu padre

Luzbel



—Ingenioso es el cuento y ¿cual es la moraleja?

—La que de él puede deducirse es la siguiente:

“No se hizo la miel para la boca del asno.”

* * *

Deliciosa noche ha sido la presente en la que hemos contemplado no pocas hermosas damas reunidas, tanto que quisiéramos que las horas suspendieran su curso; mas como las dichas no son constantes en esta vida, la mañana se nos viene encima obligándonos muy á nuestro pesar á emprender la retirada.

Las dos y media de la mañana ha dado el reloj de la Catedral, hora en que tú y yo, con la mayor parte de las familias, abandonamos la Lonja. Ya en la calle los ecos de nuestra plática, el sonido acompasado de nuestros pasos y los aullidos lejanos de un perro callejero, interrumpen el silencio de la noche, durante la cual entra en reposo la colectividad humana. Avivada nuestra imaginación por ese silencio nos entregamos á juiciosas reflexiones sobre ciertas preocupaciones, transmitidas de

una á otra generación y estriban particularmente en imprudentes consejas, referidas á los niños.

—Cuántas criaturillas, me dices, se hallarán en estos momentos sobrecogidas de terror al escuchar los aullidos del callejero can, con la idea que se les infunde de que el tal animal lanza sus quejidos porque ve al diablo.

—Muchas, te contesto yo, y ten por cierto que esas preocupaciones y consejas, de que adquirirás pleno conocimiento cuando te dignes acompañarme á visitar algunas casas, en las que serás por mí presentado, causas son del pavor que infunden á los niños los lugares solitarios y los privados de luz, mas espero de Dios el remedio que ha de librar á la Sociedad de tan perniciosa costumbre.

Súbitamente interrumpen nuestra conversación las agudas y repetidas pitadas de los serenos, que anuncian algún grave acontecimiento.

—La obscuridad no nos permite distinguir á los guardianes del orden público que aparecen por



CABO DE SERENOS.

todas las bocacalles, y sólo observamos sus movimientos apresurados y el rumbo á que se dirigen, por los centelleos lejanos de las luces de sus faroles. Nos acercamos al lugar del peligro, guiados por la curiosidad, á fin

de instruirnos de la ocurrencia. Algunos serenos se encuentran ante la puerta de una casa, en tanto que otros se ven recorriendo las azoteas, lo que nos indica que se trata de pillar á unos ladrones que han robado ó han intentado robar aquella casa. Dos ó tres jefes, á caballo, llegan sucesivamente y comunican sus órdenes, en virtud de las cuales, los serenos entran y salen, suben y bajan, se asoman á los balcones, y salvan las citarillas, registran todos los rincones y alumbran con sus linternas los cuerpos voladizos del edificio. Al cabo de un cuarto de hora, los serenos salen de la casa, el zaguan de ésta cierra sus puertas, y aquellos se retiran á sus puestos. Acércome entonces á uno y le pregunto:—¿Qué hubo? y me responde:—Nada señor, sino que los de la casa sintieron pasos en la azotea, figurándoseles ser de ladrones, y eran de los gatos que en aquella se pasean.

—¿Cómo no han de pasearse esos bichos, le repliqué yo, en noche que para ellos es de luna!

—¿Y por qué no pueden haber sido, observas tú, verdaderos ladrones ó por lo menos ladrones de corazones de guapas mozas los que hayan intentado asaltar la casa? Lo que sucede es que cuando la policía llega tarde, lo que acontece con demasiada frecuencia, aquéllos han escapado y ésta salva su responsabilidad atribuyendo el accidente á las travesuras de los gatos.

Damos término á nuestra conversación al llegar á tu casa en la cual te dejo para ir á descansar en la mía. Al despedirme de tí, hieren mis oídos la vibrante campana del reloj de la Catedral y la voz del guarda que grita, después de una prolongada pitada:

¡Las tres y sereno!

